

Por Raúl Marrero-Fente

GIGANTES, carañas, caníbales y tacamahacas: noticias maravillosas desde Norteamérica

En 1571 el malagueño Bartolomé de Flores publicaba en la imprenta sevillana de Hernando Díaz *Obra nuevamente compuesta...*, considerada el único testimonio poético de la victoria de la expedición de Pedro Menéndez de Avilés sobre los hugonotes franceses en la Florida en 1565.¹ Compuesta de trescientos cuarenta y siete versos y un villancico es una relación de sucesos en verso que ofrece la primera descripción poética de la naturaleza y de los indígenas norteamericanos. El poema pertenece al género literario de las relaciones de sucesos en verso impresas en pliegos de cordel.² Estos poemas, obras breves con letra de imprenta escrita en una hoja de papel, doblada en cuatro partes en forma de pliego, cumplían la función de noticieros porque se leían en público o se recitaban en las plazas. De esta manera, la población de las villas y aldeas podía informarse de eventos lejanos y de otras noticias reales o fantásticas. Estos modestos ejemplos literarios, junto a otros géneros más prestigiosos, desempeñaron una función importante en la creación del imaginario cultural europeo.

La estructura del poema de Bartolomé de Flores tiene cuatro partes: invocación, proemio, veintidós actos o secciones y un villancico.³ Es además el único texto impreso en el siglo XVI que relata el combate entre españoles y franceses en la Florida, ya que los otros testimonios conocidos aparecieron en siglos posteriores: el *Memorial que hizo el doctor Gonzalo Solís de Merás de todas las jornadas y sucesos del adelantado Pedro Menéndez de Avilés, su cuñado, y de la conquista de la Florida y justicia que hizo en Juan Ribao y otros franceses* (1565), la *Vida y hechos de Pedro Menéndez de Avilés, caballero de la orden de Santiago, capitán general de la Florida de Bartolomé Barrientos, catedrático de la-*

*tín en la universidad de Salamanca (1568) y la Relación de la jornada de Pedro Menéndez en la Florida de Francisco López de Mendoza Grajales (1565).*⁴

Luego de narrar la victoria de las tropas de Menéndez de Avilés sobre los franceses, Bartolomé de Flores describe la flora y la población de la Florida.⁵ Desde el punto de vista formal, el poema cumple la función de la literatura de avisos de las relaciones de sucesos, el tópico de la novedad de la gente y de la naturaleza floridanas y actualiza el motivo de «contar cosas nuevas» de las crónicas de la conquista. La naturaleza sirve para ofrecer una historia diferente, en la cual el poeta construye una imagen nueva para los lectores y oyentes del pliego. En el poema los motivos literarios están organizados conforme una estructura que responde a las normas del ornato por medio de los procedimientos de la enumeración acumulativa y de las formas perifrásticas alusivas e hiperbólicas (Lara Garrido, 1994). La descripción del paraje ameno ocupa varias secciones que imitan la técnica homérica del catálogo arbóreo. Bartolomé de Flores emplea la descripción del elenco de árboles –de reconocido prestigio clásico– para destacar la importancia de los territorios de la Florida y, de esta manera, contribuir a elevar la figura de Pedro Menéndez de Avilés.

Bartolomé de Flores resalta la riqueza de la naturaleza americana por medio de un catálogo de diez árboles, una imitación simple del famoso elenco ovidiano. Esta enumeración extensa cumple, además, con la función de enfatizar la autenticidad de los hechos narrados. El poema de Flores combina la tradición literaria de representar la naturaleza y el verismo naturalista de las descripciones de las crónicas de Indias, especialmente del *Sumario* de Gonzalo Fernández de Oviedo y de los *Naufragios* de Álvaro Núñez Cabeza de Vaca, que ofrecen más detalles botánicos y etnológicos que las obras de Bartolomé Barrientos y Gonzalo Solís. No obstante, no podemos descartar la presencia de otras fuentes en la composición de este poema, como el testimonio oral de marineros y soldados de la expedición de Menéndez de Avilés o algún otro manuscrito actualmente desconocido. El «estilo enumerativo» tiene como objetivo otorgar a la flora local un protagonismo poético nuevo. Bartolomé de Flores inicia la descripción del catálogo de árboles:

Aqui se tratan las grandezas de la rierra [sic] de la Florida. / Y por dar mejor auiso / quiero contar la grandeza / la hermosura y belleza / deste fertil parayso / su gente y naturaleza, / Es vn nueuo mundo lleno / de deleytes y frescuras / con muy diuersas pinturas

*/prado florido y ameno / con aves de mil hechuras. // De vn Rio.
/ Animales diferentes / Tunas, Palmas, y Higueras, / Auellanos,
y Nogueras, / cinco maneras de gentes / y frutas del mil maneras.
/ Ya segun mi pluma toca / de tan altas marauillas / son cosas
dignas de oyllas / que ay vn rio que de boca / tiene quatrocientas
millas.*

La tuna (*Opuntia sp.*) es una cactácea endémica de las Américas y fue descrita en las obras de Gonzalo Fernández de Oviedo, Bartolomé de las Casas y Álvaro Núñez Cabeza de Vaca, entre otros. El botánico Daniel Austin (1980, p. 26) clasifica esta planta como la *Opuntia stricta* (Haw) Haw var. *dilleni* (Ker.) L. Benson (Cactaceae), los frutos de la misma eran parte importante de la comida de los indígenas floridanos. Como señalan los historiadores José Pardo Tomás y María Luz López Terrada (1993, p. 251), «dentro de las cactáceas, [...] era una familia de plantas totalmente nueva a los ojos de los europeos, las *Opuntia* son un género específico, que se halla ampliamente representado en todo el continente e islas de América». En 1526, Oviedo (2010, p. 319) es el primero que les asigna el nombre de tuna desde el *Sumario* y resalta la propiedad de las mismas como un alimento importante: «Llámanse tunas y nacen de unos cardos muy espinosos y echan esta fruta que llaman tunas [...] y tienen unas coronillas como las níscolas, y de dentro son muy coloradas y tienen granillos de la manera que los higos; y así, es la corteza dellas como la del higo y son de buen gusto y hay los campos llenos en muchas partes». Esta misma propiedad nutritiva llamó la atención de Cabeza de Vaca (1989, XIX, p. 149), que describe su aprovechamiento por los indígenas norteamericanos:

Para ellos el mejor tiempo que estos tienen es cuando comen las tunas, porque entonces no tienen hambre, y todo el tiempo se les pasa en bailar, y comen de ellas de noche y de día; todo el tiempo que les duran exprímenlas y ábrenlas y pónenlas a secar, y después de secas pónenlas en unas seras, como higos, y guárdanlas para comer por el camino cuando vuelven, y las cáscaras de ellas muélenlas y hácenlas polvo. En todo el tiempo que comíamos las tunas teníamos sed y para remedio desto beuíamos el çumo de las tunas... Es dulce y de color de arrope.

La segunda especie mencionada por Bartolomé de Flores son las palmas, pero es necesario aclarar que las mismas eran diferentes a las tres variedades de palmáceas conocidas por los europeos.

Estas palmas americanas fueron descritas por Oviedo, Cabeza de Vaca y muchos otros cronistas, por lo que resulta difícil precisar la especie del poema. Luego incluye Flores la higuera (*Ficus carica* L.), una planta no endémica de las Américas. Posiblemente se refiera a un árbol oriundo de Asia y aclimatado en España que era considerado un alimento importante porque se aprovechaba como fruto seco por los marineros, especialmente en las largas travesías (Morales Valverde, 2005, p. 46). Aunque no podemos descartar que aluda al *Ficus aurea* Nutt (Moraceae), una especie americana (Austin, 1980, p. 21). El cuarto árbol del elenco poético es la avellana. En este caso, tampoco podemos afirmar con seguridad si es la avellana europea (*Corylus avellana*) o la avellana de Florida o americana (*Corylus americana*), un arbusto mediano, nativo del Este de los Estados Unidos, que produce pequeños frutos comestibles. Tampoco puede descartarse que tenga en mente la avellana purgativa descrita por Oviedo en el *Sumario* (Pardo Tomás y López Terrada, 1993, p. 266) y por Nicolás Monardes en *Dos libros, el uno que trata de todas las cosas que se traen de nuestras Indias Occidentales, que sirven al uso de la medicina, y el otro que trata de la piedra bezaar, y de la yerva escuerçonera* (Sevilla, Hernando Díaz, 1569). Fue precisamente esta obra una de las fuentes principales de nuestro poema. Tanto el tratado de Nicolás Monardes como el pliego de Flores fueron publicados por el mismo editor sevillano, Hernando Díaz, famoso por dar a conocer otros libros sobre América.

La siguiente planta mencionada por Bartolomé de Flores es el nogal (*Juglans regia* L.). En este caso también es dudosa la referencia porque el nogal fue introducido en las Américas en el siglo xvii. Según Pío Font Quer (1961, p. 111), el nogal (*Juglans regia* L.) «es un árbol de gran porte, de tronco grueso y no muy elevado, pero con grandes y abiertas ramas, que forman ancha copa. Pierde las hojas en invierno, y cuando va a echar otras nuevas, en primavera, le salen al mismo tiempo las flores». También recuerda que Dioscórides y Laguna atribuían al mismo propiedades medicinales (Font Quer, 1961, p. 113). Posiblemente nuestro poeta habla del nogal común, nogal europeo o nogal español inspirado por los testimonios sobre la Florida de Cabeza de Vaca (1989, cap. VII, p.97): «Por toda ella hay muy grandes árboles y montes claros, donde hay nogales y laureles, y otros que se llaman liquidámbares, cedros, sabinas y encinas y pinos y robles, palmitos bajos». Como aclaran Pardo Tomás y López Terrada (1993, p. 307): «Sin embargo, otra juglandácea diferente, la *Carya pecan*

Engler. et Graeb., es también llamada nogal y es probable que sea de la que habló Cabeza de Vaca, pues es nativa de las regiones sur-central de Estados Unidos y norteña de México, donde recibe el nombre de pacán o pecán».

Es un conjunto de tunas, palmas, higueras, avellanos y nogueras, junto a «frutas ras». La renovación del tema del catálogo arbóreo aparece además en la imitación del motivo del jardín edénico –de larga trayectoria desde la Arcadia clásica–, una transposición poética del paraíso terrenal, lugar de felicidad y vida serena (Giamatti, 1966, p. 179). Su descripción sigue los tópicos del jardín del paraíso cristiano, por eso hay árboles frutales (Curtius, 1955, pp. 285-286). También se emplean frases que siguen las normas retóricas del paraje ameno para iniciar el recuento de las sensaciones, una técnica que vemos en varios pasajes de la épica clásica. Además, en ese tiempo maravilloso el clima es templado, la primavera eterna, no hay sufrimientos ni enfermedades, las aguas fluyen desde una fuente cristalina y el pasto es verde y brillante (Giamatti, 1966, p. 70). En esta descripción del paisaje los atractivos mencionados ascienden a siete. En la enumeración el poeta emplea todos los sentidos, ejemplificando esa simetría y didactismo de las descripciones tópicas de los paisajes amenos en la literatura clásica (Curtius, 1955, p. 283). Bartolomé de Flores ofrece una imagen del paisaje grata a la vista –un prado que varía cromáticamente gracias a las diversas plantas–, al tacto, al gusto y al oído, sin una referencia precisa –más bien imaginable– del olor de las flores. El poeta utiliza una antigua imagen del prado ameno que se remonta a la *Ilíada* (XIV, vv. 345-350) y a la *Odisea* (VI, vv. 122-124) (Bettin, 2006, pp. 957-1044).

Bartolomé de Flores introduce una innovación importante a los jardines de la tradición literaria clásica (Virgilio, *Eneida*, VI; *Bucólicas*, III) y renacentista (Ariosto, *Orlando furioso*, X; Camões, *Os Lusíadas*, IX) porque privilegia lo americano al colocarlo como signo de referencia junto a lo culto y a lo clásico. El poeta se apoya en las conocidas imágenes literarias del paraíso cristiano y de la Edad de Oro para anunciar a los lectores y oyentes la riqueza de las nuevas tierras conquistadas. Quizás con estas exageraciones el poema cumplía la función de atraer nuevos colonizadores a la Florida, siguiendo la estrategia de Pedro Menéndez de Avilés (2002, pp. 152-153) en su carta a Felipe II del 15 de octubre de 1565:

Porque en estas tierras habrá muchas y muy buenas granjerías. Como será que habrá vino mucho, muchos ingenios de azú-

car, mucho número de ganados que hay grandes dehesas, mucho cáñamo, brea y alquitrán y tablazón [...]. Habrá todo género de frutas; hay muy bonísimas aguas, bonísimo temple de tierra; habrá mucho arroz y muchas perlas en las riberas de Santa Elena, donde tenemos nuevas que las hay, y entrando más adentro desta tierra, habrá donde se pueda coger mucho trigo y hacer mucha seda.

El cronista Barrientos también describe plantas semejantes a las mencionadas en el poema de Bartolomé de Flores, donde la naturaleza aparece como elemento predominante. Esta innovación se logra al hablar de la flora americana que presenta como una naturaleza heterogénea en dos sentidos: en primer lugar, por su propia condición autóctona y, en segundo lugar, por el vocabulario indígena que nombra a esta flora.

La descripción de las plantas se interrumpe en el poema para prestar atención a los habitantes de la Florida, a quienes se describe como gigantes de nueve codos de altura: «Gentes de nueve codos. / Y nauegando su altura / cosa digna de contar / puedo por cierto afirmar / tener su legua de anchura / tres mil leguas de la mar / Y en la parte Ocidental / viue gente tan crescida / de gentilidad vencida / que tienen justo y caual / nueve codos por medida».

El tema de los gigantes es de conocida trayectoria, basta recordar los ejemplos de Goliat en la Biblia y de Polifemo en la *Odissea*, por no mencionar la estela de gigantes de la literatura medieval y renacentista. Es otro de los tópicos de las crónicas de América, reactivado después del viaje de Magallanes y Elcano y su encuentro con los patagones. Aquí Flores parece seguir otra vez el testimonio de Cabeza de Vaca (1989, cap. VII, p. 100), quien dice en los *Naufragios*: «Cuantos indios vimos desde la Florida aquí todos son flecheros; y como son tan crecidos de cuerpo y andan desnudos, desde lejos parecen gigantes. Es gente a maravilla bien dispuesta, muy enjutos y de muy grandes fuerzas y ligereza». Unos capítulos más adelante el propio Cabeza de Vaca (1989, cap. XI, p. 117) relata en tono de sorna: «Y así llegó donde estábamos, y los indios se quedaron un poco atrás asentados en la misma ribera, y después de media hora acudieron otros cien indios flecheros, que ahora ellos fuesen grandes o no, nuestro miedo les hacía parecer gigantes, y pararon cerca de nosotros, donde los tres primeros estaban». La inclusión de gigantes en el poema tiene la función de incitar el espíritu de aventura y peligro que estos seres despertaban

entre los europeos del siglo XVI y, de esta manera, captar mejor la atención de los oyentes y lectores.

En la siguiente sección del poema, Flores menciona «cinco maneras de gentes», quizás para mantener el equilibrio poético de la descripción de las cinco plantas anteriores, o para incluir a las tribus descritas por las crónicas españolas de la Florida. El poeta cita los nombres de cinco líderes indígenas: Saturiba, Autina, Curucutucu, Alimacani y el Bacu. Esta es la primera representación poética de los indígenas norteamericanos:

Satriba, y Autina, reyes. // Esta tierra no consiente / enfermedad ni dolencia / ni reyna concupiciencia / de partes del Oriente / esta la nueva Valencia / Aquí reyna Satriba, / con Doresta su muger / el qual tiene tal poder / que el poderoso Autina / jamas lo puede vencer. // Curucutucu, y Alimacani, reyes. / Tambien Curucutucu / que nunca tal nombre vi / en tierra de Cuncubi / y en la Mocosa el Bacu, / y el fuerte Limacani, / En armas tan esforçado / era el barbaro y ligero / de rostro espantable y fiero / muy velloso y desbaruado / colorado todo el cuero.

Desde la expedición de Juan Ponce de León en 1513 las relaciones entre los conquistadores europeos y los indígenas de la Florida oscilaban entre la promesa de alianza, el suministro de alimentos, la tensa hostilidad y el ataque. La de Saturiba era una de las cuatro grandes tribus de la etnia timucua que habitaban en el norte de la Florida en el siglo XVI. El líder Saturiba gobernaba sobre unos treinta cacicazgos que incluían a varios miles de indígenas, quienes vivían en conflictos permanentes entre sí. Su influencia se extendía desde el litoral sur del río San Juan hasta su desembocadura,⁶ en un territorio ubicado entre las actuales ciudades de Jacksonville y San Agustín. Tenían una sociedad estratificada y dividida en una nobleza hereditaria y una clase común, con cierta movilidad social (Hann, 1996, p. 25). La tribu de los saturiba entró en contacto con los franceses primero, y se convirtieron en sus aliados. Recibieron a Ribault y luego a Laudonnière, a quien el líder saturiba entregó objetos de plata (Hoffman, 2002, p. 218). En 1564 Laudonnière se alió con Saturiba, que le confesó que su mayor enemigo era Autina (DeCoster, 2013, p. 380). Los franceses atacaron a la tribu potano en apoyo a Autina. Esto creó problemas entre los franceses y Saturiba. En septiembre de 1565, Saturiba entregó a los españoles algunos franceses que habían buscado refugio con ellos. Hacia noviembre de 1565 los españoles y la tribu de Saturiba mantenían buenas

relaciones –incluso algunos indios se mudaron cerca del fuerte San Mateo para comerciar con los españoles–, pero las mismas se deterioraron. En marzo de 1566, indios saturiba capturaron al español Rodrigo Troche y su líder ordenó que le sacaran el corazón.⁷ Por esta razón, Menéndez de Avilés navegó río arriba, hacia el Norte, para buscar alianzas contra Saturiba. Intentó obtener el apoyo de Utina, pero este se negó. Luego llegó hasta la tribu mayaca y logró aliarse con indígenas de la tribu calabay (Lyon, 1976, pp. 168-169; Ruidíaz, 1893, II, p. 155). En marzo de 1567 Menéndez de Avilés trató de entrevistarse con Saturiba, pero este rehusó (Lyon, 1976, p. 180). Después del fracaso de los intentos de alcanzar la paz, los españoles comenzaron entre julio y agosto una campaña militar contra los saturiba que se prolongó hasta 1568. Como consecuencia, el 25 de abril de 1568 se produjo un ataque conjunto de los saturibas y los franceses, bajo el mando de Gourgue, contra las casas y el fuerte San Mateo (Hoffman, 2002, p. 58). Quizás los timucuas se vieron involucrados en los conflictos entre franceses y españoles, o actuaron buscando sacar ventaja en sus conflictos internos; al final, su participación los convirtió en enemigos de los españoles.

El Autina del poema de Flores fue el cacique de la tribu agua fresca, uno de los cinco cacicazgos principales, y el mayor enemigo de Saturiba. Tenía unos cuarenta caciques subordinados y aliados con él, incluyendo la tribu de Mocosó. Era más poderoso que Saturiba (Hann, 2003, p. 80). Laudonnière se alió con Autina y esto molestó a Saturiba. Los franceses apoyaron a Autina en su guerra contra Potano y comenzaron a comerciar con él pero se volvieron dependientes, por lo que Autina comenzó a exigirles más beneficios por la comida y estos lo capturaron como rehén. Saturiba pidió a los franceses que le entregaran a Autina, lo que posiblemente provocó que indios de la tribu agua fresca ayudaran a Menéndez de Avilés en su ataque contra los franceses y le avisaran de que 200 franceses habían sobrevivido al ataque al fuerte Carolina. Menéndez de Avilés navegó desde San Agustín para visitar a Autina, que le pidió ayuda para que lloviera; comenzó a llover y Autina temió el poder de Menéndez de Avilés, al que le rogó que no entrara en su territorio. Menéndez de Avilés le dijo que iba a seguir río arriba y Autina ordenó a sus villas que le dieran comida y no lo atacaran. De regreso a San Agustín, Menéndez de Avilés se encontró con Autina, quien le rindió homenaje y aceptó aliarse.⁸

El Curucutucu que menciona el poema de Flores es en realidad la tribu tacatacuru. Su territorio abarcaba la isla de Cumber-

land, al Norte del río San Juan. Eran aliados de Saturiba y enemigos de Autina. Aunque hablaban timucua, tenían un dialecto diferente y mantenían su independencia política de otros grupos timucua.⁹ En 1566 los tacatacuru mataron al sacerdote Pedro Martínez, quien fue el primer mártir jesuita en la Florida (Oré, 2014; Gannon, 1965). Martínez, junto al hermano Francisco Villareal y al padre Juan Rogel, llegó a la costa de la Florida el 28 de agosto de 1566. El piloto del barco no pudo encontrar puerto y envió un pequeño bote cerca de la desembocadura del río San Juan en busca de agua potable. En el bote iban el padre Martínez y unos marineros. Una tormenta inesperada arrojó el barco fuera del mar y Martínez y los marineros fueron atacados por los tacatacuru, que lo mataron (Lyon, 1976, p. 377). En venganza, los españoles quemaron varias aldeas y Menéndez de Avilés ordenó la muerte del jefe de los tacatacuru (Lowery, 1905, pp. 270-274 y 289-290). En enero de 1569 los españoles emprendieron una ofensiva contra los tacatacuru y construyeron un fuerte en la isla de Cumberland. Entonces los tacatacuru se vieron forzados a pactar una paz con los españoles (Hann, 1996, pp. 66-67).

La tribu alimacani que menciona el poema vivía en la isla de Fort George, al Norte de la aldea de Saturiba (Milanich, 1996, p. 49). Alimacani fue uno de los líderes indígenas que salió a recibir a Ribault en 1562. También estuvo junto a Saturiba en el recibimiento a Gourgue en 1568. Las crónicas no ofrecen información sobre el supuesto grupo indígena cuncubi. Posiblemente es una ficción del poeta. La mocosa que menciona Flores puede que se refiera a la tribu mocoso, aliada de Autina. Su territorio estaba en las cercanías de la bahía de Tampa (Milanich, 1996, p. 63). El Bacu que figura en el poema como líder de la tribu mocosa quizás sea otra licencia poética de nuestro autor.

Al final del poema aparece otra sección dedicada a la «Natura de árboles que amplía el catálogo»; estas plantas se distinguen por su valor medicinal. El pequeño inventario farmacéutico corre de la mano de noticias sobre curas y sobre medicinas maravillosas procedentes de América que las crónicas introducían en el imaginario europeo. Podemos afirmar con bastante certeza que la información sobre estas plantas medicinales presente en el poema viene de la obra de Nicolás Monardes a la que nos referimos páginas arriba. Veamos la segunda parte del catálogo poético:

Natura de arboles. // Vn arbol grande y florido / en aquesta tierra esta / que ninguna fruta da / el qual es atribuydo / en rama y gusto, al Manna. / Es arbol de tanta prez / este, que los indios

tienen / que de muchas partes vienen / a comprallo en cierto mes / que solo del se mantienen. / Otro arbol nasce aqui / que esta verde de continuo / de la hechura de Pino / do sacan el Menjuy / y el Estoraque mas fino, / Vn arbol llamado Taca / ay en las Indias de España / del vno cogen con maña / la fina Tacamahaca / y del otro, la Caraña.

El «árbol grande y florido» similar al «maná» recuerda al fresno del maná o fresno florido (*Fraxinus ornus*), una especie endémica europea. El «maná sabroso... exudado» se parece a la resina que producen ciertas especies de árboles, pero sobre todo el fresno (*Fraxinus angustifolia*) (Morales, 2005, p. 29). Según Font Quer (1961, pp. 739-740), la fama de este se debe a sus virtudes médicas, ya que «es un purgante de sabor dulce, suave». En este caso, la comparación poética sirve para establecer un ámbito de referencia conocido en España. El siguiente árbol es «de hechura de pino», de donde «sacan el menjuy / y el estoraque más fino». Dada la variedad de pinos americanos (*Pinus sp.*) y su similitud con las especies europeas, no hay ningún detalle en la descripción del árbol que permita identificarlo con seguridad (Pardo Tomás y López Terrada, 1993, p. 313). Según Daniel Austin (1980, p. 27), el pino floridano puede ser el pino blanco *Pinus clausa* (Engelm.) o el pino amarillo *Pinus palustris* Mill, pero no tenemos detalles que permitan fijar en un tipo particular la alusión poética pese a las muchas referencias a pinos en las crónicas de Cabeza de Vaca y de Barrientos.

Tanto el benjuí (*Styrax benzoin* Dryander Styracaceae) como el estoraque son resinas que se obtienen de plantas. Ambas eran famosas desde la Antigüedad por sus propiedades cosméticas y medicinales. En España, desde el siglo xv, se conocían dos variedades: el benjuí de Siam, empleado en la perfumería, y el benjuí de Sumatra, que tenía propiedades farmacéuticas.¹⁰ La importancia de la planta americana fue analizada por José Pardo Tomás y María Luz López Terrada. Su comentario nos ayuda a valorar el atractivo que esta noticia podía tener para los oyentes del pliego de Bartolomé de Flores:

*De todos los sucedáneos de resinas que fueron hallados por los primeros europeos que viajaron a aquellas tierras, el que se impuso con más fortuna, hasta el punto de adquirir mayor difusión que su referente clásico, fue, sin duda, el estoraque. El estoraque clásico era la resina extraída de un árbol originario de Asia Menor y que se denominaba liquidámbar (*Liquidambar orientalis* Miller). Su*

uso se había generalizado en Europa occidental a partir de la Baja Edad Media, a través del mundo islámico, que lo había incorporado del saber de la medicina bizantina, concretamente de autores como Pablo de Egina y Aecio. Pero el descubrimiento por parte de los conquistadores españoles de una especie americana de liquidámbar (*L. styraciflua* L.) supuso la importación generalizada de su resina y acabó por sustituir en el mercado europeo al estoraque asiático (Pardo Tomás y López Terrada, 1993, p. 206).

Aunque el estoraque (*Styrax officinalis* L. Styracaceae) se menciona en las crónicas de Cabeza de Vaca, Barrientos y López de Gómara, la fuente del poema parece ser otra vez la obra citada de Nicolás Monardes (1569, pp. 8-9), donde se detallan las diferencias entre la variedad asiática (*Liquidambar orientalis* Mill.) y la nueva especie americana (*Liquidambar styraciflua*). En su estudio clásico sobre *La Celestina*, Modesto Laza (1958, p. 131) describió las propiedades aromáticas del estoraque. Esta característica explicaba el interés del público en conocer su existencia; también podía emplearse como desinfectante. José María López Piñero y María Luz López Terrada (1997, pp. 48-49) destacan que el descubrimiento de esta planta representó un importante evento en la historia de la medicina: «Monardes se ocupó de una serie de resinas y oleorresinas procedentes de especies de los géneros *Elaphrium*, *Icica*, *Hymenaea* y *Rhus*, entre ellas, la tacamahaca (de *Elaphrium tecomaca* [D. C.] Standl.) y la caraña (de *Icica caranna* H. B. K.); precisó la información relativa al aceite de *Liquidambar styraciflua* L., destacando su uso “en lugar del estoraque”, es decir, de la oleorresina del árbol *Liquidambar orientalis* L., procedente de Asia Menor».

Continúa Flores la descripción del catálogo arbóreo con «un árbol llamado taca» de donde extraen «la fina tacamahaca» y «la caraña». La tacamahaca (*Elaphrium tecomaca* [D. C.] Standl.), conocida como álamo balsámico, y la caraña (*Icica caranna* H. B. K.) son ambas, para Monardes, resinas obtenidas por incisión en ciertos árboles. La tacamahaca es una resina que sirve de remedio para las hinchazones, el mal de matriz, los dolores de muela y de espalda y la artritis (Monardes, 1569, pp. 19-24). La tacamahaca y la caraña se usaban para hacer sahumeros con los que curar los dolores de estómago en los niños, según Francisco Núñez en el *Libro intitulado del parto humano, en el cual se contienen remedios muy vtiles y vsuales para el parto dificultoso de las mugeres, con otros muchos secretos a ello pertenescientes* (Im-

preso en Alcalá en casa de Iuan Gracian, 1580, fol. 159r). Dice Monardes (1569, p. 4) que la tacamahaca es buena para curar las heridas y los dolores de espalda, de cadera, de articulaciones y de cualquier otra clase: «Así mismo traen de Nueva España otro género de goma, o resina, que llaman los indios tacamahaca. Y este mismo nombre le dieron nuestros españoles. Es resina sacada por incisión de un árbol grande como álamo, que es muy oloroso echa el fruto colorado como simiente de peonia».

La caraña es una resina líquida con propiedades similares a la tacamahaca, pero con efectos más rápidos y fuertes. El mismo Monardes (1569, pp. 5-6) cuenta cómo los españoles conocieron esta planta y sus características principales:

Traen de Tierra Firme, por vía de Cartagena, y nombre de Dios, de la tierra adentro, una resina de color de la tacamahaca, algo más clara y líquida, y más densa, que llaman en la lengua de los indios caraña, y este mismo vocablo le han dado nuestros españoles. Tiene casi el olor de la tacamahaca, aunque más grave. Es oleaginosa, y así se pega bien y con mucha adherencia, sin derretirle, por la tenacidad que tiene.

Es medicina nueva, venida de diez años a esta parte. Úsanla los indios en sus enfermedades, en hinchazones, y todo género de dolor. Ahora en nuestras partes es tenida en mucho por los buenos efectos que hace.

José María López Piñero explicó los aportes de Monardes en la divulgación de las plantas mencionadas por Flores en su poema. Su análisis nos ayuda a entender el sentido de maravilla que tenían estos productos americanos para la sociedad española del siglo XVI.¹¹

Luego de la caraña y la tacamahaca Bartolomé de Flores vuelve a describir a los habitantes de las Américas, pero esta vez su ámbito no es el escenario floridano sino el caribeño, apoyado en tópicos comunes de las crónicas como el canibalismo y las danzas exóticas que se asociaban a los sacrificios humanos de los aztecas. En este caso, nuestro poeta ubica a los caníbales «en tierra de Hauana, es decir, en su escenario original caribeño dado a conocer en 1492 desde el diario colombino, agregando una nueva característica: se trata de caníbales que practican la navegación de altura y son capaces de desembarcar en las islas Azores en pleno océano Atlántico».¹² Estamos quizás ante el primer testimonio poético de estos caníbales viajeros: peligro mortal para las costas europeas o al menos para su «región ultraperiférica». Sin duda, el

tono sensacionalista del pasaje llamaría la atención y hasta quitaría el sueño a más de un oyente del pliego de Flores. Si estos caníbales habaneros navegaban hasta las Azores, cualquier día podrían desembarcar en las calles de Sevilla o de otro puerto de mar: «Manera de hombres que comen carne humana. / Otros barbaros mayores / de condicion inhumana / ay en tierra de Hauana / que passan a los açores / para comer carne humana. / Otras maneras de hombres / ay dos mil leguas a tras / que jamas viuen en paz / que no se llaman por nobres / sino baylando de tras».

Termina Bartolomé de Flores el poema con una nueva referencia a su catálogo arbóreo. Esta vez nos habla de nardos, cinamomos y fresnedas. Aunque es posible que el poeta tuviera acceso a las crónicas y a los tratados de Monardes y de autores semejantes, para esta alusión es más seguro que la referencia sean cancioneros como el de Juan del Encina. Veamos el poema: «Curiosas cosas no cuento / de animales ni arboledas / cercadas de fuentes ledas / con otras plantas sin cuenta / nardos cinamomos fresnedas / Las faltas me supliran / pues alo que entiendo y creo / quede corto como veo / mas bien se que entenderan / que fue largo mi desseo».

Como sabemos, el tema del vergel y del jardín gozaban de fuerte arraigo en la poesía popular del romancero (Orozco Díaz, 1951, pp. 47-60). Por eso era algo común que los pliegos sueltos de cordel se nutrieran de sus imágenes y vocablos, a los que también hay que agregar la poesía culta de autores muy conocidos como Mena y Santillana. El cinamomo se refiere al llamado árbol de la canela, una planta de origen asiático, por lo que debe de ser una referencia literaria o una fantasía del autor. Aunque Daniel Austin (1980, p. 28) señala la presencia de una planta floridana parecida a la canela –la *Canela alba* (Murray) (Canellaceae), similar a un árbol de las especias–, no podemos afirmar que sea una alusión basada en la realidad empírica. El nardo del poema (*Hippeastrum puniceum* Urban) puede ser un nardo literario o el nardo americano. Según Pardo Tomás y López Terrada (1993, p. 303), existen nardos americanos en la especie *H. puniceum*. En este caso, la procedencia del vocablo es ambigua porque hay antecedentes en las crónicas de Pedro Mártir de Anglería y en la tradición poética, en especial, en *La coronación* de Juan de Mena.

CONCLUSIONES

El catálogo arbóreo y humano de Bartolomé de Flores es un testimonio poético que ofrece una de las primeras descripciones de

la naturaleza y de los habitantes norteamericanos en el siglo XVI. Este espacio de la imaginación es el lugar de la poesía, donde el autor puede escribir por primera vez sobre la expedición de Pedro de Menéndez de Avilés, y, en este sentido, el tema ofrece un espacio ilimitado para el descubrimiento de nuevos territorios llenos de gigantes, carañas, caníbales y tacamahacas.

NOTAS

- ¹ El título completo del poema es *Obra nuevamente compuesta, en la cual se cuenta, la felice victoria que Dios por su infinita bondad y misericordia, fue servido de dar, al ilustre señor Pedro Meléndez, almirante y capitán de la gobernación de la mar, de las Indias, y adelantado de la Florida contra Iván Ribao de nación francés, con otros mil luteranos, a los cuales pasó a filo de espada, con otras curiosidades que pone el autor, de las viviendas de los indios de la Florida y sus naturales fayciones. Compuesta en verso castellano, por Bartholome de Flores, natural de Malaga y vezino de Cordoua. Fue impresa en Seuilla en casa de Hernando Diaz impresor de libros, a la calle de la Sierpe. Año de mil y quinientos y setenta y vno*. El único ejemplar conocido se encuentra en la biblioteca John Carter Brown de Estados Unidos. En 1898 José Toribio Medina publicó una edición modernizada en *Biblioteca hispano-americana (1493-1810)* (Santiago de Chile, Impreso y grabado en casa del autor, 1898, 7 volúmenes, vol. 1, pp. 357-61).
- ² Sobre los pliegos sueltos, véanse Infantes de Miguel (1996), Cátedra (2002) y Askins et al. (2014).
- ³ Sobre este poema, véase Ambroggio (2013).
- ⁴ El texto de Gonzalo Solís de Merás fue dado a conocer por Eugenio Ruidíaz y Caravia en *La Florida: su conquista y colonización por Pedro Menéndez de Avilés* (Imprenta de los hijos de J. A. García, Madrid, 1893). El de Bartolomé Barrientos aparece en *Dos antiguas relaciones de la Florida* de Genaro García (Tip. y Lit. de J. Aguilar Vera y Comp., México, 1902). El texto de Francisco López de Mendoza fue publicado en la *Colección de documentos inéditos, relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de América y Oceanía, sacados de los archivos del Reino, y muy especialmente del de Indias*, de Joaquín Francisco Pacheco, Francisco de Cárdenas y Espejo y Luis Torres de Mendoza (Imp. de M. Bernaldo de Quirós, Madrid, 1864-1884, II, pp. 431-465).
- ⁵ Sobre el combate entre españoles y franceses, véase Marrero-Fente (2017 [2014]). Para el trasfondo del antiluteranismo en el poema, véanse Gamba Corradine (2018) y Sánchez Pérez (2019).
- ⁶ Para este pasaje véanse DeCoster (2013, pp. 379-380), Worth (1998, pp. 19-34) y Milanich (1996, p. 48).
- ⁷ El mejor estudio sobre la expedición de Menéndez de Avilés es *The Enterprise of Florida: Pedro Menéndez de Avilés and the Spanish Conquest of 1565-1568*, de Eugene Lyon (1976). Véase además Larrúa-Guedes (2015).
- ⁸ Para este pasaje, véanse los trabajos de Hann (2003, pp. 17-60), Milanich (1996, pp. 51 y 86) y Hoffman (2002, p. 60).
- ⁹ Sobre este grupo indígena, véase Milanich (1972, pp. 284-287).
- ¹⁰ Véase Laza Palacios (1958, p. 105). Sobre el uso cosmético, véase además Pardo de Santayana et al. (2011).

Sobre las conexiones americanas, véase Pardo Tomás y López Terrada (1993, p. 277).

¹¹ Véanse López Piñero (1990, pp. 3-67) y Fresquet (1992, pp. 281-307).

¹² Bromas aparte, el tópico de los caníbales aparece mezclado con información de la carta que describe la ruta de La Habana a las Azores en *La geografía y descripción universal de las Indias* (López de Velasco, 1894, p. 41).

BIBLIOGRAFÍA

- Ambroggio, Luis Alberto. «El período colonial en la poesía escrita en español en los Estados Unidos (1539-1810): importancia fundacional», *Actas del Cuarto Congreso Internacional CELEHIS de Literatura 2011 (Áreas de Literatura Española, Argentina e Hispanoamericana)* (editado por Nicolás Abadie et al.), Universidad Nacional de Mar del Plata, Mar del Plata, 2013.
- Askins, Arthur Lee-Francis; Infantes, Víctor; Puerto Moro, Laura y Rodríguez Moñino, Antonio R., *Suplemento al nuevo diccionario bibliográfico de pliegos sueltos poéticos (siglo XVI) de Antonio Rodríguez-Moñino*, Academia del Hispanismo, Vigo, 2014.
- Austin, Daniel. «Historically Important Plants of Southeastern Florida», *Florida Anthropologist*, 33, 1980, pp. 17-31.
- Bettin, Giancarlo. *Per un repertorio dei temi e delle convenzioni del poema epico e cavalleresco, 1520-1580* (vol. II), Istituto Veneto di Scienze, Lettere ed Arti, Venecia, 2006.
- Cátedra, Pedro Manuel. *Invenición, difusión y recepción de la literatura popular impresa (siglo XVI)*, Editora Regional de Extremadura, Mérida, 2002.
- Curtius, Ernst Robert. *Literatura Europea y Edad Media Latina*, Fondo de Cultura Económica, México, 1955.
- DeCoster, Jonathan. «Entangled Borderlands: Europeans and Timucuan in Sixteenth-Century Florida», *The Florida Historical Quarterly*, 91.3, 2013.
- Fernández de Oviedo y Valdés, Gonzalo. *Sumario de la natural historia de las Indias* (editado por Álvaro Barai-bar Etxebarria), Iberoamericana, Madrid, 2010.
- Font Quer, Pío. *Plantas medicinales. El Dioscórides renovado*, Labor, Barcelona, 1961.
- Fresquet, José Luis. «Los inicios de la asimilación de la materia médica americana por la terapéutica europea», *Viejo y Nuevo Continente: La medicina en el encuentro de dos mundos* (coordinado por José María López Piñero), Saned, Madrid, 1992, pp. 281-307.
- Gamba Corradine, Jimena. «Lutero en pliegos: hacia un corpus de pliegos castellanos quinientistas con representaciones del hereje (!)», *eHumanista*, 39, 2018, pp. 411-435.
- Gannon, Michael. *The Cross in the Sand: The Early Catholic Church in Florida, 1513-1870*, University Press of Florida, Gainesville, 1965.
- Giamatti, Angelo Bartlett. *The Earthly Paradise and the Renaissance Epic*, Princeton University Press, Princeton, 1966.
- Hann, John H. *Indians of Central and South Florida, 1513-1763*, University Press of Florida, Gainesville, 2003.
- , *A History of the Timucua Indians and Missions*, University Press of Florida, Gainesville, 1996.
- Hoffman, Paul. *Florida's Frontiers*, Indiana University Press, Bloomington, 2002.
- Infantes de Miguel, Víctor. «¿Qué es una relación? Divulgaciones varias sobre una sola Divagación», *Las relaciones de suceso en España: 1500-1750. Actas del primer Coloquio Internacional (Alcalá de Henares 8, 9 y 10 de junio de 1995)* (coordinado por Henry Ettinghausen, Víctor Infantes de Miguel, Agustín Redondo y María Cruz García de Enterría), Publications de la Sorbonne, París, 1996, pp. 203-16.
- Lara Garrido, José. *La poesía de Luis Barahona de Soto (Lírica y épica del Manierismo)*, Servicio de Publicaciones, Diputación Provincial de Málaga, Málaga, 1994.
- Larrúa-Guedes, Salvador. *Don Pedro Menéndez de Avilés. El Adelantado de la Florida*, Colección del Centro de documentación histórica de la Florida colonial, Alexandria Library, Miami, 2015.
- Laza Palacios, Modesto. *El Laboratorio de La Celestina*, Antonio Gutiérrez Impresor, Málaga, 1958.
- López de Velasco, Juan. *La geografía y descripción universal de las Indias*, Est. Tip. de Fortanet, Madrid, 1894.
- López Piñero, José María. «Las Nuevas medicinas americanas en la obra (1565-1574) de Nicolás Monardes», *Asclepio*, I, 1990, pp. 3-67.
- López Piñero, José María y López Terrada, María Luz. *La influencia española en la introducción en Europa de las plantas americanas (1493-1623)*, Instituto de Estudios Documentales e Históricas sobre la Ciencia, Universitat de Valencia, CSIC, Valencia 1997.
- Lowery, Woodbury. *The Spanish Settlements within the Present Limits of the United States, 1562-1574*, G.P. Putnam's Sons, Nueva York, 1905.
- Lyon, Eugene. *The Enterprise of Florida: Pedro Menéndez de Avilés and the Spanish Conquest of 1565-1568*, University Presses of Florida, Gainesville, 1976.
- Marrero-Fente, Raúl. «Literatura, Imperio y naturaleza en *Obra nuevamente compuesta...* (1571) de Bartolomé de Flores», *La presencia hispana y el español de los Estados Unidos: unidad en la diversidad* (editado por Rosa Tezanos-Pinto), Academia Norteamericana de la Lengua Española (ANLE), Nueva York, 2017 (2014), pp. 53-66.
- Milanich, Jerald. *The Timucua*, Blackwell Publishers, Londres, 1996.
- «Tacatacuru and the San Pedro de Mocamo Mission», *Florida Historical Quarterly*, 50.3, 1972.
- Núñez Cabeza de Vaca, Álvar. *Naufragios* (editado por Juan Francisco Maura), Cátedra, Madrid, 1989.
- Morales Valverde, Ramón. *Flora literaria del Quijote, alusiones al mundo vegetal en las obras completas de Cervantes*, Instituto de Estudios Albacetenses Don Juan Manuel, Albacete, 2005.

- Menéndez de Avilés, Pedro. *Cartas sobre la Florida, 1555-1574* (editado por Juan Carlos Mercado), Iberoamericana, Madrid, 2002.
- Oré, Luis Jerónimo de. *Relación de los mártires de la Florida del P.F. Luis Jerónimo de Oré (c. 1619)* (editado por Raquel Chang-Rodríguez), Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 2014.
- Orozco Díaz, Emilio. «El huerto de Melibea (Para el estudio del tema del jardín en la poesía del siglo xv)», *Arbor*, 19, 1951, pp. 47-60.
- Pardo Tomás, José y López Terrada, María Luz. *Las primeras noticias sobre plantas americanas en las relaciones de viajes y crónicas de Indias, 1493-1553*, Instituto de Estudios Documentales e Históricas sobre la Ciencia, Universitat de Valencia, CSIC, Valencia, 1993.
- Pardo de Santayana, Manuel; García-Villaraco, Antonio; Rey Bueno, Mar y Morales, Ramón. «Naturaleza a través de la botánica y la zoología en la literatura renacentista española: *La Celestina*», *Asclepio*, LXIII.1, 2011, pp. 249-292.
- Sánchez Pérez, María. «El mensaje propagandístico antiluterano a través de algunas relaciones de sucesos del siglo xvi», *Studia Aurea*, 13, 2019, pp. 41-70.
- Worth, John. *The Timucuan Chieftdoms of Spanish Florida*, University Press of Florida, Gainesville, 1998.